

LA GUERRA EUROPEA



L. BRU
NET

OLDADO MOTOCICLISTA DEL EJÉRCITO ALEMÁN PARA EL SERVICIO DE LA CORRESPONDENCIA
EN CAMPAÑA

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 19.—BARCELONA 16 DE NOVIEMBRE DE 1914



Los cañones austriacos de 30,5 centímetros pasando por Bruselas

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El mundo musulmán.—II. Tristes lecciones.—III. Nuevas nubes.—IV. El interés supremo

I.—El mundo musulmán

Se va confirmando plenamente lo que dijimos hace ya bastantes días: Turquía se ha lanzado a la guerra. Esta actitud de Turquía no representa solamente la intervención de un nuevo beligerante en la contienda, sino el comienzo de una guerra religiosa en países inmensos y separados por centenares de kilómetros.

Los súbditos mahometanos de la Gran Bretaña se cuentan por centenares de millones. El Indostán y Egipto son los dos grandes centros de esa confesión religiosa cuya cabeza y jerarca es el Sultán de Turquía, a quien reconocen como jefe y prestan obediencia todos los musulmanes. Claro es que la actitud de Turquía ha sido simultánea con la orden a los creyentes para que se alcen contra Inglaterra.

Para nadie es ya un secreto, pese a la extremada reserva y a las precauciones que han tomado los ingleses para ocultar el hecho, que en Egipto ha estallado la revolución contra el dominador y que el alzamiento se extiende más cada día. No es de creer

que los sucesos tomen por el pronto un grave cariz, ni que lleguen a comprometer seriamente los intereses británicos, ni, mucho menos, que la actitud de los egipcios pese de un modo notable en la resolución del conflicto europeo. Pero siempre será un obstáculo más para la Gran Bretaña y la obligará a distraer tropas y barcos, que necesita en las tierras y mares de Europa. Ya los trasportes de tropas que pasan por el estrecho de Gibraltar no llevan todos el rumbo a occidente, sino que desde últimos de octubre cruzan delante de Algeciras barcos abarrotados de fuerzas que se dirigen a Egipto. Y si en otra ocasión la sublevación de Egipto dió no poco que hacer a los ingleses, es de temer que ahora el grano sea más maligno, por tener concentrada la atención la metrópoli en otra parte y deber reunir sus fuerzas contra Alemania.

Lo más grave empero es que en la Arabia y Siria el movimiento anti-británico se propaga con rapidez creciente. El canal de Suez ha sido ya objeto de una amenaza, y si Inglaterra no puede poner remedio radical al mal—remedio que únicamente podría con-

sistir en una derrota rápida y tremenda de los turcos en Asia,—corre serio peligro de que lleguen a cerrarse los caminos de la India.

En ésta la agitación ha comenzado a dar sus frutos. Todavía no están en armas los mahometanos, pero no tardarán en empuñarlas. Por este motivo se ha dado tanta prisa la Gran Bretaña en sacar de allí las mejores tropas indostánicas para llevarlas a Francia, pero ha tenido que sustituirlas con otras europeas de confianza, lo cual también ha constituido un sensible quebranto. Y si no se apaga a tiempo la hoguera, es imposible predecir la extensión que alcanzará el incendio. Llegan noticias alarmantes de que los afghanes se mueven hacia la India.

Apenas Turquía se ha lanzado a la guerra, las noticias rusas y británicas coinciden e insisten en que Persia está resuelta a guardar y conservar su neutralidad.

Cuando tanto se habla de esa neutralidad es que no hay que contar con ella. Lo mismo se dijo de Turquía hace dos meses, y todavía después del ataque a Sebastopol se repetía que no intervendría a favor de Alemania. De la misma manera que Turquía ha esperado la ocasión favorable para tomar una actitud clara, no hay que dudar que Persia seguirá igual camino. Tiene mucho que vengar de los rusos y de los ingleses para que deje escapar una ocasión única, que acaso no se le presente nunca más.

Los que sólo ven las cosas a través de sus intereses, vienen estos días censurando al Kaiser porque ha llamado en su ayuda a los musulmanes contra los cristianos, de donde coligen que el emperador alemán es un farsante y un comediante. Pero el Kaiser ha sido consecuente como nadie. Su política ha consistido siempre en proteger todas las religiones y declarar su resuelta hostilidad a los descreídos y ateos; más de una vez ha dicho, y lo ha demostrado, que para él lo esencial es que el hombre profese una religión y crea en el Hacedor, sincera y devotamente, porque nada hay tan vituperable como la soberbia del que pretende erigirse en juez de sí mismo y se declara superior a todo. Y son tan abundantes los recuerdos de la protección que el Kaiser ha prestado a todos los creyentes, desde los católicos a los mahometanos, que no creemos de necesidad enumerarlos.

Por lo demás, Alemania no ha hecho sino acudir al terreno que la llamaban. Los primeros que empeñaron en la guerra a los musulmanes fueron los ingleses y franceses, porque los argelinos, árabes, moros, hindúes e indostánicos no otra cosa son que mahometanos. No ha de caber duda que los alemanes se valdrán de todos los medios para que llegue a conocimiento de las tropas mahometanas de los aliados que su jerarca supremo, el Sultán de Turquía, reprueba la ayuda a Francia e Inglaterra y recomienda se pongan al lado de Alemania.

II.—Tristes lecciones

Son las que estos días están recibiendo los ingleses. En primer lugar la rebelión en el África del S. no lleva trazas de extinguirse por ahora, antes al contrario se extiende cada día más. Los periódicos ingleses llenan largas columnas con las victorias de sus tropas en aquellas comarcas, victorias reducidas a es-

caramuzas en que hay uno o dos heridos, y a la presentación de dos o tres soldados de Maritz.

Pero de los escasos datos y pueblos que citan se deduce que el área del alzamiento se ha extendido. Tampoco ha de influir de un modo decisivo en la guerra lo que acontezca en el S. de Africa, pero sumado a lo de Egipto, Indostán, Arabia, etc., constituye una situación poco agradable para Inglaterra, y da motivo más que sobrado para que los ingleses se vean obligados a diseminar sus fuerzas, ciertamente no demasiado numerosas.

Pero lo que ha llegado al alma británica, el golpe más duro para la soberbia inglesa que se creía dueña del mar e invencible en él, ha sido la doble acción de los barcos alemanes en el Pacífico y el mar del Norte.

Frente a las costas de Chile, ante las miradas de toda la América del Sur, a la que los ingleses tenían completamente engañada acerca de sus fuerzas y del desarrollo de las operaciones militares, una división naval alemana ha derrotado a otra de la misma o mayor fuerza británica, echando a pique los dos barcos de combate que figuraban en ella; y si no se perdieron los otros dos, debióse a su rápida huída del teatro del combate. Casi simultáneamente, otra división naval se presentaba atrevida y tranquilamente en la costa oriental de Inglaterra, cañoneaba Yarmouth, causaba averías en un crucero británico, echaba a pique un submarino, y se retiraba con la misma calma y serenidad con que había llegado. Desde entonces, la pregunta que los periódicos de oposición habían comenzado a formular, ¿que hace la escuadra británica? ha brotado en todos los labios. De lo que ha hecho la división alemana a intentar un desembarco no media gran distancia. ¿Cómo han podido llegar al litoral británico seis barcos alemanes de gran porte sin que nadie les descubriera, y cómo se les consintió que bombardearan la costa durante algunas horas? ¿Para eso sirve la superioridad en el mar? Se consuelan en parte pensando—y puede que no anden descaminados—que la osadía alemana si se repite puede costar cara al enemigo, que tal vez no tenga en otra ocasión la fortuna de evitar el choque con las minas submarinas; pero el hecho queda en pie.

A raíz de aquel insignificante combate en que cuatro contratorpederos alemanes, anticuados y de escaso andar, fueron echados a pique por una escuadrilla de contratorpederos británicos, de último modelo, apoyados por un crucero, las trompas guerreras británicas lanzaron al aire su canto de triunfo. El parte oficial que dió el Almirantazgo, en el que se recordaban las glorias de su marina, no cabría en dos números de esta publicación; todos, desde los capitanes al último grumete, fueron héroes y demostraron su superioridad y pericia, y por si esto fuera poco, llegaron a pintarse en las proas de algunos barcos, poesías e inscripciones aludiendo al triunfo obtenido sobre el enemigo. ¿Qué poesías y qué inscripciones inventarán ahora los ingleses para conmemorar el hundimiento del *Good Hope* y el *Monmouth* y el bombardeo de Yarmouth y el cañoneo del *Halcyón*? La guerra es una cosa muy seria, que no puede o no debe ser tratada con lirismos. Del mismo modo que obrarían muy mal los alemanes si se envanecieran de estos triunfos, que pueden ser se-

guidos de espantosos fracasos, han tocado demasiado prematuramente los ingleses las trompas de la victoria; conviene tener un poco más de paciencia y aguardar al final.

III.—Nuevas nubes

Siguen los aliados con los tópicos de la neutralidad de los Estados de quienes tienen algo que temer.

Que Bulgaria seguirá neutral, que Rumanía, que Italia, que Suecia... Puede el lector tener la seguridad de que no durará mucho tiempo la neutralidad de Bulgaria, que Rumanía seguirá el ejemplo de Turquía, y que Holanda y los países escandinavos, que no abandonaron la neutralidad, muestran cada vez más sus simpatías a los germanos. Con todo, la actitud de Italia ha sido una sorpresa que no esperaban o no querían ver los aliados. Se va dibujando bien claro que Italia nunca ha estado de parte de Francia e Inglaterra; que su ayuda, callada, pero positiva, la ha prestado a Alemania y que anda muy lejos aquel reino de ponerse al lado de los aliados. Nadie sabe qué es lo que hará en definitiva, pero los síntomas no son muy tranquilizadores para los franco-ingleses. No se puede asegurar que Italia abraza francamente el partido de Alemania con las armas en la mano; pero el número cada vez mayor de barcos italianos apresados por los ingleses indica que ya Inglaterra ha perdido la esperanza de contar con Italia; al mismo tiempo, la anexión de Chipre por Inglaterra ha sentado muy mal en Italia, cuya opinión pide que se tomen disposiciones en el extremo oriental del Mediterráneo, y claro es que tales posiciones han de ser antagónicas con las británicas y francesas.

Finalmente, China y los Estados Unidos se van inclinando contra la alianza anglo-japonesa. Si la guerra, que pareció circunscrita a Europa, se extendió casi enseguida a todas las colonias y posesiones alemanas, francesas y británicas, ha repercutido ya poderosamente en Asia, y todavía está en el principio, ¿qué sucederá si se prolonga? Sólo Dios lo sabe. La única conclusión que resalta de ello es que el poderío y las fuerzas de Alemania eran muy superiores a lo que creíamos todos.

IV. — El interés supremo

Alemania ha merecido los dictérios más infamantes por haberse atrevido a violar la neutralidad de Bélgica. En vano dijo y repitió que su propia existencia la obligaba a hacer pasar sus ejércitos por aquel reino, cuya integridad respetaría y cuya actitud tranquila recompensaría: la indignación de todos los que se pagan de frases hechas, más o menos huecas, y son sectarios fanáticos, cayó sobre Alemania.

Pero he aquí que las cosas han cambiado. La Gran Bretaña ha padecido sensibles pérdidas de barcos en el mar del Norte, y no ha encontrado medio para refrenar la osadía de los submarinos alemanes; y, como antes Alemania, ha invocado el interés supremo de la patria y ha resuelto declarar cerrado al comercio de los neutrales todo el mar del Norte, desde Escocia a las Hébridas e Islandia, hasta las costas noruegas, lo cual equivale a la ruina de Holanda, de Dinamarca, de Suecia y Noruega... ¿Con qué

derecho obra así? ¡Con el de la fuerza! ¿Caerá sobre Inglaterra la indignación que despertó el proceder de Alemania?... ¡Qué mal suenan en estos tiempos las palabras igualdad y libertad!

F. LARIN.

LA ESTRATEGIA NAVAL DE INGLATERRA Y ALEMANIA

En la memorable sesión de la Cámara de los Comunes que declaró la guerra a Alemania, manifestó el secretario de Estado sir Edward Grey que la guerra debía ser larga, para que tuviera mayores probabilidades de éxito, y que esta guerra ocasionaría a la Gran Bretaña muchos menos perjuicios económicos que la neutralidad en medio del conflicto europeo.

Estas ideas fundamentales, que encarnan la norma de la política inglesa en la guerra contra Alemania, han sido desarrolladas de la siguiente manera por eminentes publicistas británicos:

Cuanto más tiempo la flota británica mantenga incomunicada a Alemania con el Océano, mayor penuria sufrirá aquella nación, y la energía de su resistencia en el continente irá decreciendo, cuanto más rápidos y progresivos sean los esfuerzos de sus ejércitos en el continente. La flota inglesa, con sólo vigilar el canal de la Mancha y el paso entre Escocia y Noruega está facultada para anular el tráfico ultramarino alemán. Y para ello no se necesita de un gran despliegue de fuerzas; basta con un cierto número de buques ligeros y bien armados. La flota de combate británica, que es el elemento indispensable para la dominación universal, no debe exponerse, sin una necesidad ineludible. Ciertamente es que la flota alemana es mucho menos poderosa que la inglesa, pero su destrucción, aún siendo fácil, supone una batalla en la cual los barcos británicos experimentarían un quebranto, de consecuencias trascendentales para la supremacía oceánica, que a toda costa debe conservar Inglaterra. Recuérdese la era floreciente de siglos pasados, cuando Inglaterra salía de las guerras navales más fuerte y rica, y cuando aquellas guerras eran para el comercio británico la *época de la cosecha*. Hoy, como entonces, las naciones aliadas y amigas de Inglaterra son las que han de soportar todos los riesgos y pérdidas de los combates navales. La flota inglesa debe conservarse intacta para que, cuando los demás beligerantes hayan llegado al agotamiento de fuerzas, pueda presentarse la Gran Bretaña como árbitra del mundo, dictando la paz y en condiciones para anexionarse el comercio universal.

Estos rasgos de la política naval inglesa, seguida con perseverancia férrea a través de todas las edades, justifican el retraimiento que observan sus fuerzas marítimas en la actual contienda. No exponerse a nada, en la seguridad o confianza de que tarde o temprano se logrará el objetivo de la guerra.

En esta norma de conducta de su más poderoso enemigo, se inspira el almirantazgo alemán para no aventurar un choque decisivo, sin que las circunstancias sean propicias.

La conformación geográfica del Mar del Norte y de sus costas nos indica cómo se presentan estas circunstancias. Las islas británicas constituyen ante dicho mar una ancha barra que permite cerrar el acce-



El nuevo rey de Rumanía S. M. Fernando



El coronel-general von Einem, comandante en jefe de uno de los ejércitos alemanes que combaten en Francia

so al océano de las demás naciones allá asentadas. Las costas alemanas forman un ángulo entrante, una concavidad hacia el continente, en medio de la cual se halla el peñón de Helgoland, que cedió Inglaterra a Alemania cuando reinaba la mejor armonía entre ambas naciones. Dentro de esta gran ensenada y en direcciones concéntricas desaguan las grandes arterias fluviales del Ems, Weser y Elba y en aquel espacio de mar con el apoyo de Helgoland y las potentísimas bases navales de Wilhelms-haven, Bremerhaven y Hamburgo, es donde únicamente puede desenvolverse con seguridad la acción de las escuadras alemanas. La flota inglesa, por el contrario, tiene todo su interés en combatir a la proximidad de sus costas, donde podría con sus submarinos, destroyers y minas, diezmar la escuadra enemiga, antes de que el grueso de su flota de alta mar acometiera la fácil empresa de aniquilar el resto de las fuerzas alemanas.

Convencidos se hallan los ingleses de que la flota de Alemania saldrá de sus puertos cuando esta nación, desesperada por el hambre y desconcertada y desangrada por la interminable lucha continental, decida jugarse el todo por el todo en una batalla naval de grandísimas proporciones, y entonces el triunfo definitivo de Inglaterra será seguro, porque todo está preparado para garantizarlo.

Pero la alta dirección de la guerra en Alemania

conoce muy bien los planes ingleses y no siente impaciencia alguna por sacar de sus bases y de su canal de Kiel los treinta acorazados que podría poner en combate, sino que procura con tranquilidad y método admirables encauzar las operaciones de sus ejérci-

tos en el teatro occidental de modo que se realice el objetivo supremo de obrar armónicamente con todos sus elementos de fuerza, lo mismo terrestres que navales. ¿De qué hubiera servido tanto estudio, tanto sacrificio, tanta labor como se ha impuesto la nación alemana en los últimos veinticinco años para lograr su engrandecimiento marítimo, si en un momento solemnísimo no pudiera emplear todo este poder en la defensa de su existencia, tan seriamente comprometida?

La toma de Amberes y las operaciones sobre la costa de Flandes occidental en dirección a Dunquerque anuncian el propósito alemán de llegar al concierto de la acción de sus ejércitos con la de sus escuadras, tan pronto como haya sido vencida Francia. El problema es de una magnitud abrumadora, porque aun suponiendo que aniquilados los ejércitos franceses, haya conse-

guido Alemania posesionarse de la costa francesa desde Dunquerque a Cherburgo, conquistando así una vasta base de operaciones navales sin los inconvenientes, sin el ahogo de la actual del Mar del Norte, es difícil concebir cómo podrá afrontarse la lucha



El gran duque Nicolás, comandante en jefe del ejército ruso de operaciones

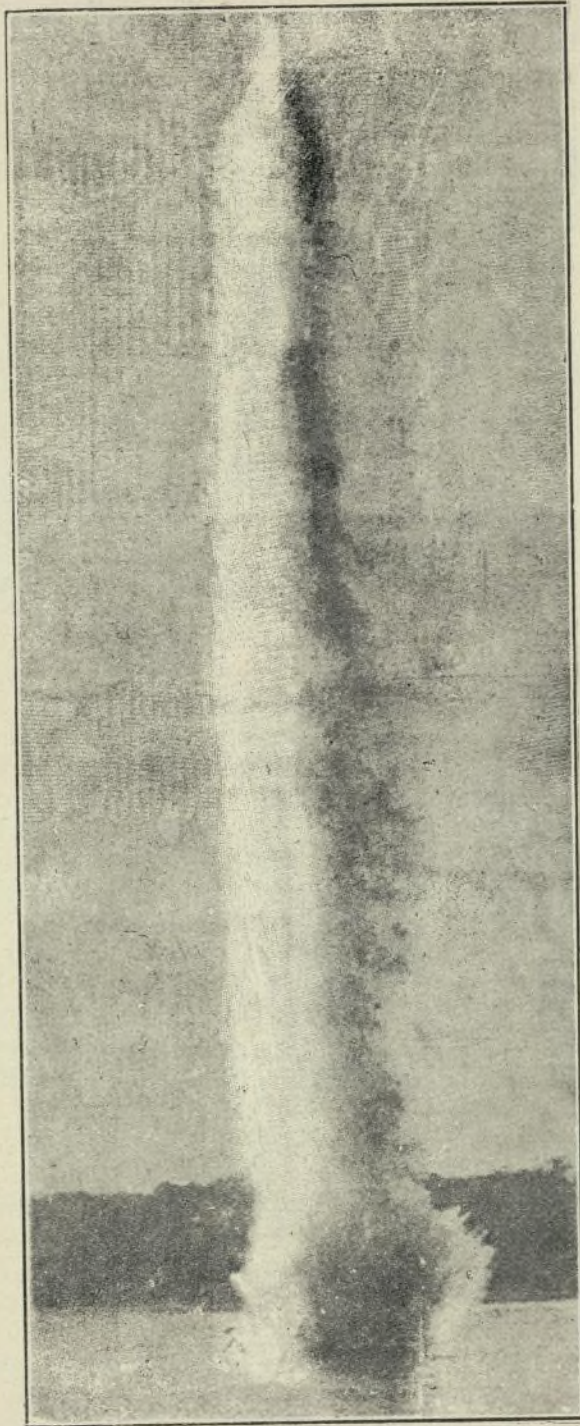
contra la gigantesca superioridad naval de Inglaterra.

Desde luego, sólo el dominio militar de Alemania en la costa francesa del Canal y del Paso de Calais bastaría para derrumbar el plan fundamental inglés de cerrar cómodamente el Mar del Norte, conservando muy resguardado el bloque de sus escuadras. La amenaza constante contra Londres y los puertos de la

en el mar, es decir, el valladar fortísimo, sin cual destrucción sería una demencia intentar la invasión de Inglaterra. Porque es preciso comprender que sin grandes batallas navales, empeñadas con los grandes buques de combate, no es posible doblegar el poderío naval de una nación como Inglaterra que dispone de sesenta acorazados, cien cruceros, varios centenares de buques menores y más de una docena de bases navales espléndidamente dotadas. Los submarinos, minas, *zeppelines* y aviones son elementos auxiliares importantísimos, pero nada pueden decidir ni afianzar por sí solos.

Llegamos así al período de la guerra de más interés y que puede reportar mayores y más positivas enseñanzas.

MARQUÉS DE ZAYAS
Teniente Coronel de Estado Mayor



Efectos de un torpedo sumergido, en el momento de estallar

costa meridional, la obstrucción del tráfico comercial en las vías marítimas más importantes, todo ello como resultado del empleo audaz de los submarinos y de las minas, cuyos efectos han sido hasta ahora tan estupendos, obligaría a Inglaterra a maniobrar contra frentes extensos y supone desde luego el fraccionamiento de fuerzas, y de este fraccionamiento, de este momento de debilidad podría aprovecharse la flota alemana para dar golpes rápidos y certeros que fueran mermando y anulando la soberanía británica

PARTES OFICIALES DEL GENERAL FRENCH

sobre las operaciones del ejército británico desde el 28 de agosto al 28 de septiembre

(Conclusión)

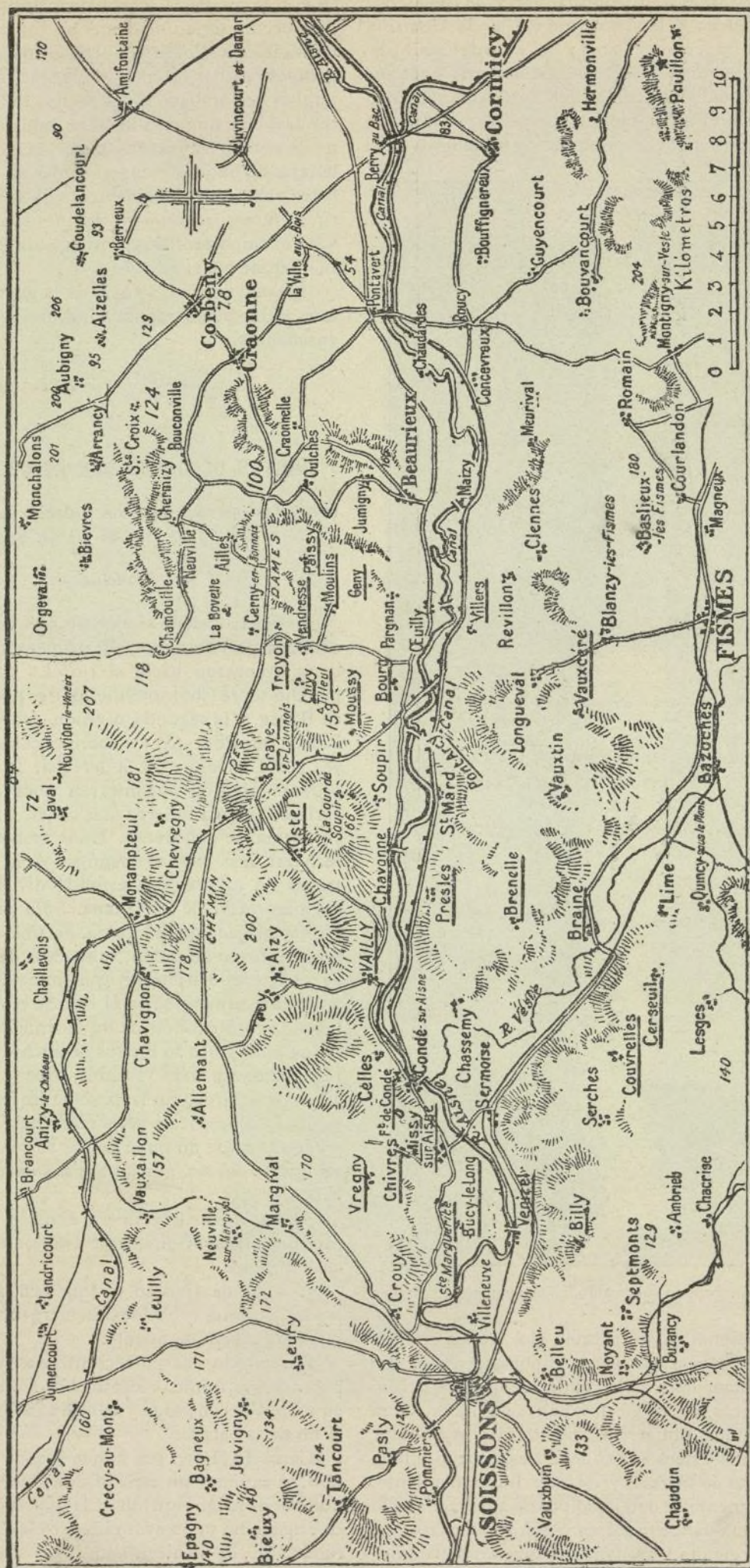
El día 12 ordené al ejército que avanzase para tomar posesión del Aisne. El primer cuerpo y la caballería avanzaron hacia el río. La primera división marchó sobre Charnouville, por el puente del canal, en Bourg, y la segunda división sobre Courtecon y Bresles por Pont-Arcy y sobre el canal al N. de Bray, por Chavonne. A la derecha, la caballería y la primera división encontraron poca oposición y se abrieron paso a lo largo del canal, que cruza el río en forma de acueducto. Estas tropas consiguieron rechazar más atrás al enemigo. A la izquierda, las tropas de cabeza de la segunda división llegaron al río a las nueve de la mañana. Sólo pudo salvarlo la quinta brigada de infantería, en una sola fila y bajo un vivo fuego de cañón, valiéndose de la viga de uno de los bordes del puente, que no había quedado enteramente sumergida en el río. Se emprendió desde luego la construcción de un puente de pontones (el Aisne mide unos 50 metros de ancho y cerca de 5 de profundidad y no es vadeable), que se concluyó a las cinco de la tarde. En la extrema izquierda, la cuarta brigada tropezó con seria resistencia en Chavonne, y hasta la tarde no pudo sentar su planta en la margen norte del río, gracias al paso de un batallón en barcas.

Al anoecer la primera división ocupó el área Moulins-Paissy-Geny, con avanzadas en el pueblo de Vendresse.

La segunda división vivaqueó en la orilla sur, dejando la quinta brigada en la margen norte, para formar una cabeza de puente.

El segundo cuerpo encontró destruidos todos los puentes a su frente, excepto el de Condé, que estaba en manos del enemigo y continuó al N. del río hasta el fin de la batalla.

Cerca de Missy, por donde pasaba la quinta división, se extiende un espacio descubierto, que era bañado por el fuego nutrido de la opuesta orilla. La tercera brigada no pudo avanzar; pero la 14, que fué dirigida al E. de Venizel, a un lugar menos expuesto,



La línea del Aisne, en el sector en que luchó el ejército británico

pasó y al anochecer estableció su izquierda en Santa Margarita. Detrás siguió la 15 brigada; y más tarde las 14 y 15 apoyaron a la cuarta división a su izquierda para repeler un fuerte contraataque que el enemigo ejecutó contra el III cuerpo.

En la mañana del 13, el III cuerpo vió que el enemigo se había establecido fuertemente en la meseta de Vregny. El puente de Venizel fué reparado durante la mañana, y se ejecutó un reconocimiento para echar un puente de pontones en Soissons.

La 12 brigada de infantería cruzó por Venizel y se concentró en Bucy-le-Long a la una de la tarde, pero el puente había sufrido tantos destrozos por el fuego de la artillería, que no se prestaba al paso. Se comenzó la construcción de un puente de pontones junto al puente de Venizel.

A las 2, la 12 brigada de infantería atacó en la dirección de Chivres y Vregny, con objeto de apoderarse de las alturas al E. de Chivres como preliminar necesario para continuar la marcha hacia el N. Este ataque tuvo éxito al principio, pero a las cinco y media fué tan duro el tiro de la artillería y ametralladoras enemigas desde la dirección de Vregny, que hubo de hacerse alto. El puente de pontones de Venizel se concluyó a las cinco y media, y entonces la 10 brigada de infantería cruzó el río y marchó sobre Bucy-le-Long.

La 10 brigada de infantería se movió sobre Billy-sur-Aisne, y antes de obscurecer toda la artillería de la división había pasado el río, excepto la batería pesada y una brigada de artillería de campaña.

Durante la noche las posiciones conquistadas por la 12 brigada al E. del río que corre por Cravres fueron ocupadas por la quinta división.

La sección del tren de puentes afecta al III cuerpo, comenzó a llegar cerca de Soissons avanzada la noche, cuando ya había sido abandonada la tentativa de arrojar un puente de pontones delante de Soissons por causa del tiro de la artillería pesada enemiga. El enemigo se retiró de todos los puntos y se atrincheró en las alturas que hay a unos tres kilómetros del río, a lo largo de las cuales corre el Chemin-des-Dames. Sin embargo, varios destacamentos de infantería fuertemente atrincherados en los puntos dominantes y salientes fueron dejados a vanguardia, delante de los tres cuerpos, con poderosa artillería que los apoyara.

En la noche del 13 al 14 y los siguientes días, los zapadores estuvieron trabajando incesantemente de noche y día. Ocho puentes de pontones y un puente de caballetes fueron tendidos, generalmente bajo un vivo fuego de artillería. Tres de los puentes de la carretera, Venizel, Missy y Vailly, y el puente de la vía férrea al E. de Vailly fueron recompuestos para permitir el paso de peatones y el puente de Villers para el paso de pesos de seis toneladas. También se hicieron preparativos para reparar los de Missy, Vailly y Boug y ponerlos en condiciones de permitir el paso de carruajes de todas clases. El tiempo era muy lluvioso, lo cual agregado a las dificultades de poner en buen estado las comunicaciones restantes, supone un copioso trabajo de reparaciones y mejoras. Las operaciones de los ingenieros durante este período de prueba son dignas de las mejores tradiciones del Real cuerpo de Ingenieros.

En la tarde del 14 era aún imposible decidir si el

enemigo trataba de hacer un alto corto cubierto por su retaguardia, o si quería defender y permanecer en las posiciones. Para despejar la situación, ordené un avance general.

La acción del I cuerpo, aquel día, bajo la dirección del general Sir Douglas Haig, fué tan hábil, serena y decisiva, que conquistó posiciones, las cuales me permitieron mantenerme en lugares donde durante tres semanas se desarrollaron terribles combates. El cuerpo fué dirigido a cruzar la línea Moullins-Moussy a las siete de la mañana.

A la derecha, el comandante de la primera división envió la 2 brigada de infantería (que estaba alojada y vivaqueaba en Moullins) y la 25 brigada de artillería (menos una batería) mandada por el general Boufin, antes de amanecer, a proteger el avance de la división sobre el valle, hacia Vendresse. Una patrulla de oficial enviada por esta brigada dió a conocer que había fuerzas enemigas considerables junto a la factoría al N. de Troyon, y el general dispuso entonces que dos regimientos (Tiradores reales del Rey y el Real de Sussex) se pusieran en movimiento a las tres de la madrugada. El regimiento de Northamptonshire tenía que emprender la marcha a las cuatro de la madrugada para ocupar el saliente al E. de Troyon. El otro regimiento de la brigada (Leal del Norte de Lancashire) marchó a las cinco y media sobre Vendresse. La factoría estaba ocupada fuertemente por el enemigo, y el general de la brigada dispuso que el regimiento de Tiradores del Rey y el regimiento de Sussex fueran apoyados por el Leal de Lancashire. A pesar de este socorro, las tropas no pudieron avanzar; y cuando llegó la primera brigada se ordenó que los Guardias de Coldstream marcharan a apoyar la derecha de la brigada de cabeza (la segunda) mientras el resto de la brigada auxiliaba al ala izquierda.

Al mediar la tarde, la línea de las dos brigadas se extendía de E. a O., al N. de la recta Troyon y al S. del Chemin-des-Dames. Una parte del Leal North Lancashire se había apoderado de la factoría y se mantenía en ella. El enemigo ocupaba una línea de atrincheramientos al N. y E. de la factoría con fuerzas considerables, y todos los esfuerzos para avanzar contra esta línea fueron repelidos por el tiro de las ametralladoras de los alemanes. La mañana fué lluviosa y la niebla se extendía sobre las alturas de modo que la 25 brigada de artillería y la artillería divisionaria no pudieron sostener un fuego eficaz para apoyar a las tropas avanzadas, hasta las nueve de la noche.

A las 10, la tercera brigada de infantería había alcanzado un punto situado a casi dos kilómetros al S. de Vendresse, desde donde había de continuar para prolongar la línea de la primera brigada y enlazarse con la derecha de la segunda división. Se vió que una fuerte columna enemiga avanzaba, y por un vigoroso contra-ataque con dos de sus batallones el general de la brigada contuvo el avance de esta columna y alivió la presión que sufría la segunda división. A partir de este momento, el combate hasta la noche consistió sólo en una serie de ataques y contra-ataques. Las reacciones del enemigo se ejecutaron al principio con gran vigor, pero después se debilitaron y por fin fueron rechazados.

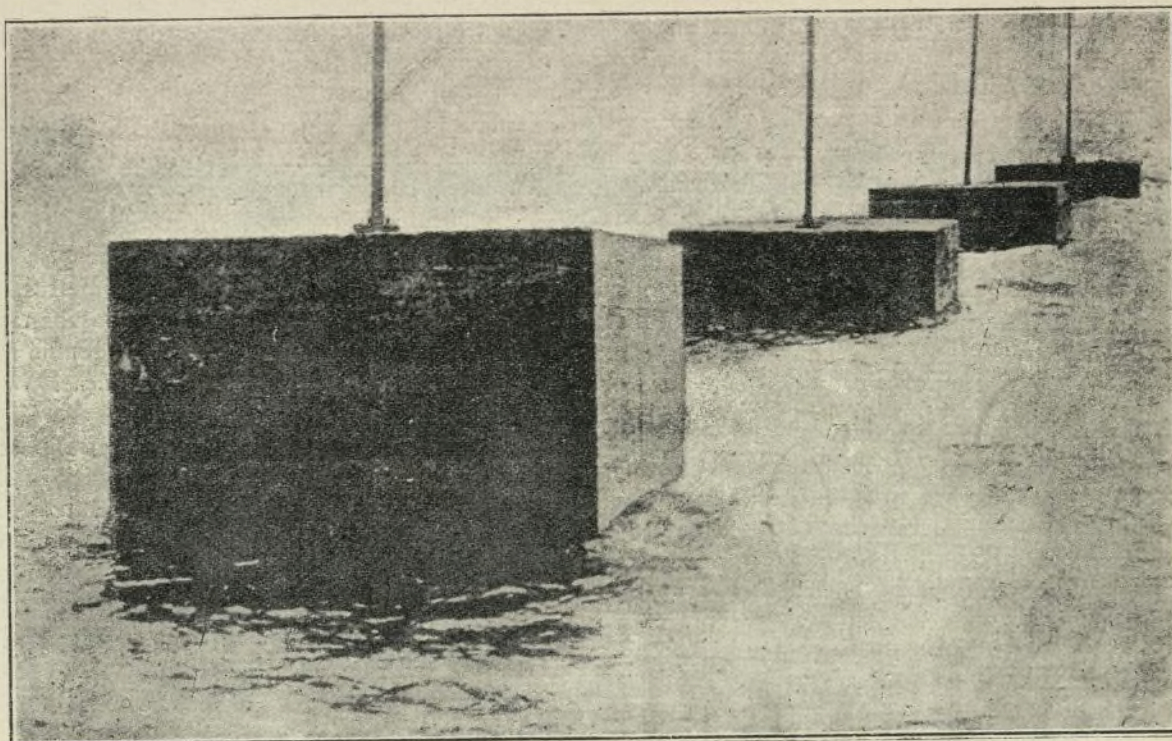
En la izquierda, la sexta brigada de infantería



Tropas francesas del Senegal que combaten en Francia



El Comandante de un cuerpo de ejército alemán recibiendo por teléfono la información sobre las posiciones enemigas, que le transmite el observador de un globo cometa



Los torpedos fondeados, que han provocado tantos hundimientos de barcos de guerra y mercantes antes de ser sumergidos



Reparto de ropas y efectos en Imuiden (Holanda) a los tripulantes de los cruceros *Hogue*, *Aboukir* y *Cressy*, echados a pique por un submarino alemán

tenía que cruzar el río y pasar a través de la línea que en la noche precedente ocupaba la quinta brigada, para ocupar el barranco de Courtecon, mientras una fuerza destacada, consistente en la cuarta brigada de Guardias, la 36 brigada y la artillería de campaña, mandada por el general Perceval, tenían que dirigirse a un punto al E. del pueblo de Ostel.

La sexta brigada de infantería cruzó el río en Pont-Arcy, continuó por el valle hacia Braye, y a las 9 de la mañana llegó a la línea Tilleul-La Bouvelle. En esta línea permaneció bajo el fuego de cañón y fusil, y le fué imposible continuar avanzando hasta que la apoyaron la 34 brigada, la artillería de campaña, la 44 brigada de obuses y la artillería pesada.

La cuarta brigada de Guardias cruzó el río a las 10 de la mañana y tropezó con tenaz resistencia. Tuvo que atravesar espesos bosques; el apoyo de nuestra artillería era muy difícil de que resultara eficaz, pero una sección de artillería de campaña avanzó y se situó en la línea de fuego. A la una, la izquierda de la brigada se encontraba a la altura de Ostel.

En este momento de la acción, el enemigo consiguió establecerse entre el I y el II cuerpo, amenazando cortar las comunicaciones del último.

Sir Douglas Haig era reciamente atacado y no disponía de reservas. Echó mano de la división de caballería que tenía a su disposición, para prolongar y asegurar el flanco izquierdo de la brigada de Guardia. Libróse entonces un vivo combate y el enemigo fué rechazado con serias pérdidas.

A las 2 de la tarde, la debilidad de los contraataques del enemigo y otras indicaciones tendieron a demostrar que decrecía su resistencia, y se ordenó el avance general por el comandante del cuerpo de ejército. Aunque tropezando con viva resistencia, y exponiéndose al fuego de la artillería pesada y de la fusilería, la posición que ocupó el Cuerpo al terminar la jornada se extendía desde el Chemin-des-Dames, a la derecha, pasando por Chivy, a Le Cour de Soupir, con la primera brigada de caballería hasta el camino de Chavonne-Soissons. Por la derecha, el Cuerpo estaba en contacto con las tropas franco-marroquíes del 18 cuerpo, que se habían atrincherado en escalones un poco detrás de su derecha. Durante la noche, el Cuerpo se atrincheró en sus posiciones.

Esta posición avanzada fué mantenida y conservada durante toda la batalla del Aisne, por lo cual he de recomendar calurosamente al general Sir Douglas Haig... Las operaciones de I cuerpo en esta jornada condujeron a la captura de varios centenares de prisioneros y algunas piezas de artillería y ametralladoras. Nuestras bajas fueron muy grandes; una de las brigadas perdió tres de sus cuatro coroneles.

La tercera división continuó el avance, y había ya llegado casi a la meseta de Aizy, cuando fué echada atrás por un poderoso contra-ataque apoyado por la artillería. La división, sin embargo, retrocedió en buen orden, y por fin consiguió atrincherarse un kilómetro al N. del puente de Vailly, cubriendo el paso del río.

La cuarta y la quinta divisiones no pudieron hacer otra cosa que mantenerse en su terreno.

En la mañana del 15, no cupieron dudas sobre

la conducta del enemigo, que se disponía a resistir a todo trance; esta impresión me fué confirmada por las noticias que llegaron del campo francés a mis dos flancos al E. y S. E. por todo el valle del Aisne hasta cerca de Reims.

Unos pocos días antes había caído la fortaleza de Maubeuge, y muchas piezas de artillería de sitio fueron llevadas para reforzar la posición del enemigo frente a la nuestra.

Durante el 15, cayeron en nuestras líneas varias granadas de 21 centímetros, disparadas, a juicio de los peritos, a la distancia de 10 kilómetros. Durante el resto de la batalla, nuestras tropas han padecido mucho por este tiro, aunque su efecto fué más tarde mitigado mediante trabajos de fortificación más completos.

En vista de la topografía del terreno al N. del río, entre Missy y Soissons, y de lo bien que se prestaba a ser ocupado defensivamente, no le fué posible a la quinta división mantenerse en el borde Sur de la meseta de Chivres, porque el enemigo, desde el pueblo de Vigny, al O., podía batirla de flanco. La división se retiró a una línea, a la izquierda de la cual está el pueblo de Margueritte y que luego corre por el N. de Missy hasta el río, al E. de ese pueblo.

Hábil y tenazmente, sir Charles Fergusson mantuvo su posición durante el resto de la batalla, aunque sus trincheras estaban a un nivel más bajo que el de las enemigas, distantes sólo 400 metros.

El general Hamilton, con la tercera división, atacó vigorosamente hacia el N., y reconquistó el terreno que había perdido el día 15, con lo cual se pudo disponer de una poderosa cabeza de puente.

El 16, la sexta división entró en línea. Mi intención consistía en dirigir el I cuerpo contra la posición enemiga del Chemin-des-Dames, apoyándome en este nuevo refuerzo. Esperaba que de este modo se podría ejecutar un fuego eficaz sobre el frente de la tercera división, lo cual contribuiría asimismo a mejorar la situación de la quinta división y del III cuerpo. Pero cualquier avance del I Cuerpo habría expuesto peligrosamente mi flanco derecho. Además supe, por el comandante en jefe francés, que estaba reforzando fuertemente el VI cuerpo de ejército francés a mi izquierda, para empeñar todo el ejército aliado en una maniobra de flanco que obligara al enemigo a seguir la retirada. En consecuencia, envié la sexta división a reforzar el III cuerpo con orden de mantenerse en la orilla S. del río y formar una reserva general.

En las jornadas del 17, 18 y 19, fué duramente cañoneada nuestra línea y el I cuerpo no cesó de combatir. En la tarde del 17, el flanco derecho de la primera división fué seriamente amenazado. El regimiento de Northamptonshire, en combinación con el de la Reina, y un batallón de la reserva divisoria, llegó, a cubierto de la niebla, hasta un centenar de metros de las trincheras del enemigo y cargó a la bayoneta, arrojándole hasta la altura. Una fuerte columna de infantería enemiga apareció entonces en la cresta. El ataque enemigo fué finalmente repelido con pérdidas grandes.

En la noche del 18, el regimiento de Gloucestershire, avanzó hasta las trincheras enemigas y cogió dos ametralladoras.

En la extrema derecha del de la Reina atacó vivamente el enemigo, pero también fué rechazado con serias pérdidas. De nuevo se renovó el ataque a media noche contra la primera división, pero tampoco tuvo éxito. A la una de la madrugada del 19, la segunda división repelió otro serio ataque de infantería apoyado por el tiro de la artillería. Nuevamente se repitió el ataque al amanecer, sin éxito.

El 18, discutí con el comandante del II cuerpo de ejército y sus comandantes de división la posibilidad de arrojar al enemigo de Condé, que se encontraba entre las dos divisiones, y tomar el puente, que seguía en manos del enemigo. Pero como este puente estaba dominado en todos sentidos desde el S. y se habían adoptado las medidas necesarias para que el enemigo no pudiera servirse de él, decidí evitar pérdidas que no eran absolutamente necesarias.

Aquel día me avisó el general Joffre que consideraba necesario tomar un nuevo plan y envolver y atacar el flanco derecho alemán. Era ahora evidente para mí, que la batalla en que había estado empeñado desde el día 12 había de prolongarse algunos días hasta que se pusieran de manifiesto los efectos de este nuevo plan. Por consiguiente, convenía establecer un relevo regular de las tropas de trinchera; desde entonces me he valido con este objeto de la sexta división, con buen resultado. Las brigadas de relevo retrocedían alternativamente hasta la orilla Sur del río, y con la artillería de la sexta división formaban una reserva general en la cual podía tener confianza. La caballería también ha prestado buenos servicios en las trincheras y ha hecho todo lo posible para aliviar el peso que caía sobre la infantería.

En la tarde del 19 y todo el 20, el enemigo mostró mucha actividad. En la noche anterior, ejecutó un fuerte contra-ataque contra la tercera división, que fué rechazado con pérdidas considerables, y en la mañana del siguiente día ejecutó varias tentativas contra las trincheras de la primera división. Durante el día, el enemigo sufrió otro severo descalabro frente a la segunda división. Por la tarde emprendió desesperados ataques contra nuestras trincheras en todo el frente del I Cuerpo, pero sin resultado. Después de obscurecer, volvió al ataque contra la segunda división, y tuvo que retroceder. Nuestras pérdidas en las dos jornadas fueron considerables, pero según noticias las bajas del enemigo fueron mayores.

Como las tropas del I cuerpo estaban muy fatigadas por tantos días de combate, reforcé a sir Douglas Haig con una brigada de la reserva y dispuse que le apoyara la primera división de caballería.

En la noche del 21 fué rechazado otro ataque por la tercera división, sufriendo muchas pérdidas el enemigo.

El 23, las cuatro baterías de obuses de 15 centímetros, que yo había pedido, llegaron a nuestras líneas. Dos baterías fueron enviadas al II cuerpo y dos al I, las cuales entraron en acción el 24, con muy buenos resultados. Nuestras experiencias de la campaña aconsejan el empleo de cañones de grandes calibres, porque la duración de los combates se prolonga varios días y hay tiempo para atrincherarse sólidamente.

El 23, la acción del ejército del general Castelnau en la izquierda de los aliados, prolongó mucho

la línea, y al parecer condujo a que el enemigo retirara fuertes masas del centro y del E. Ignoro si fué por este motivo o no, que hasta el 26 se fué debilitando la acción del enemigo, frente a nosotros. Aquel día, sin embargo, el adversario volvió a dar señales de mucha actividad. Mantuvo todo el día un constante y vigoroso fuego de artillería, y se vió que los alemanes frente a la primera división ejecutaban trabajos de zapa para atrincherarse más cerca de nosotros. Varios contra-ataques fueron rechazados, y por la tarde un ataque bien dirigido de la primera división obligó al enemigo a suspender sus trabajos de atrincheramiento.

En la noche del 27 al 28, se repitieron las tentativas para apoderarse de las trincheras de la primera división, sin el menor éxito. Otros varios tuvieron lugar estas tres jornadas en todo el frente de la línea de los aliados, y es seguro que el enemigo hacía grandes esfuerzos para conseguir su superioridad sobre nosotros. Pero fué rechazado en todas partes y sufrió muchas pérdidas. Igualmente tuvieron lugar en la tarde del 28 contra nuestro frente, y desde entonces no se han renovado...

El hecho de que entre el 12 de septiembre y la fecha de este parte (8 de octubre) el número total de muertos, heridos y desaparecidos llegue al número de 561 oficiales y 12.980 hombres, prueba la severidad de la lucha.

EL GENERAL JOFFRE y los nuevos métodos de guerra

Alguien ha dicho que el general Joffre pertenece a la escuela de Napoleón; es una generalización tan poco exacta como otras generalizaciones. Nada tan distante de las guerras napoleónicas como las grandes batallas del Marne, del Aisne y ahora la del Norte. No se encuentra en ellas nada que presente un interés táctico tan grande como el de aquellos ejemplos de destreza militar de hace un siglo. El aeroplano es el responsable. Desde su elevado punto de vista lo descubre todo: nada se le oculta. Observa detrás de la cortina de caballería que encubre el frente enemigo; ve las tropas en marcha o transportadas en ferrocarril; toma nota del número de cuerpos de ejército, de la proporción entre las diversas armas y de todos los detalles del complicado mecanismo.

De este modo el arte de la guerra ha quedado despojado de aquel elemento de sorpresa que ofrecía a Napoleón dramáticas ocasiones para la manifestación de su genio. Su objeto se enderezaba a descubrir el punto débil de las líneas enemigas, y, una vez descubierto, arrojaba contra él todas las fuerzas disponibles. Sus éxitos dependían de la rapidez y seguridad con que asestaba el golpe. Una revelación prematura le habría hecho fracasar la combinación. Ahora ya no son posibles estos golpes porque una maniobra realizada por uno de los beligerantes es inmediatamente seguida por una maniobra correspondiente del otro. La guerra consiste en el presente tiempo en series de movimientos paralelos; su arte ha cambiado. Apenas sería exagerado decir que ya no existe. Los dos ejércitos se mueven como boxeadores en las fases preliminares de un asalto, y a esto

se reduce prácticamente todo el arte de la guerra.

El resto es un choque de tenacidad y resistencia, de marchas y contramarchas. Sería difícil de imaginar un método de hacer la guerra menos parecido al de Napoleón. Es como si se jugara al brigue viéndose las cartas por encima del hombro del adversario. En estas condiciones ¿cómo es posible ganar una brillante victoria por medio de golpes imprevistos, habiendo calculado el momento psicológico? Esto dista tanto de la realidad presente como los reconocimientos de Napoleón sobre su caballo blanco por la línea de sus avanzadas la víspera de la batalla. No es posible imaginar a Joffre cabalgando desde Dunquerque a Belfort antes de almorzar, cuando la batalla dura semanas y no un solo día.

Así, todas las condiciones de la guerra han cambiado y con ellas la mentalidad y los métodos de los comandantes. Apenas se ve a Joffre a caballo; pero no deja de parecerse en la figura al Corso: bajo y fornido y dando la impresión de poder. Emplea una parte del día en un largo y rápido recorrido en automóvil visitando las líneas. Es imposible verlo todo: mucho ha de dejarse al cuidado del comandante del cuerpo de ejército, una vez que el jefe ha planeado su idea; esto aparta al generalísimo del personal contacto con sus tropas; es más o menos desconocido por ellas, y es probable que Joffre tenga que enseñar sus documentos a los centinelas. En sus recorridos diarios de parte a parte emplea dos conductores (chauffeurs).

Pero Joffre ha de estar muy atento a las comunicaciones eléctricas. Hay que imaginarlo permaneciendo largas horas en un modesto local con el auricular al oído. Sus generales auxiliares extienden mapas y examinan atentamente el teatro de las operaciones; Joffre no necesita hacerlo: ríos, montañas, valles, están grabados profundamente en su cerebro. Su principal característica es la sangre fría. Está tan tranquilo en guerra como en paz, y esta cualidad le mueve a la confianza. Tiene confianza en sí mismo y la inspira a los demás.

Su cuartel general no ha dudado nunca que el generalísimo obtendría la victoria, y la convicción ha llegado a extenderse en las tropas. Esto le ha hecho popular, aunque no lo ha procurado; al contrario, esquiva la popularidad. Vive apartado de la prensa, y le disgusta el reclamo de ella. Muestra la misma indiferencia hacia los que le atacan que hacia los que le elogian. A veces los oficiales jóvenes toman la pluma en su defensa en algún periódico—porque Joffre, como todos los hombres fuertes, tiene enemigos,—pero le disgustan esas oficiosidades, lo mismo que las críticas. Nadie puede decir que debe un ascenso a haber defendido a Joffre. El mérito militar es la única cualidad reconocida por el generalísimo.

Aunque no aparenten molestarle los ataques, particularmente los de la prensa popular, no deja de mostrarse asequible a todas las ideas y escucha atentamente los planes que se le someten. Sabe la manera de combinar lo mejor que hay en sus planes y en los de los demás. Es tan modesto como falto de amor propio. La facilidad con que admite los consejos ha hecho nacer la creencia de que es un adaptador y un organizador antes que estratega, pero reúne ambas cualidades. Sus campañas muestran el sol-

dado lo mismo que el ingeniero y el organizador. Su gran máxima es que en la gran guerra nada puede improvisarse. Todos los detalles han de tenerse estudiados, y esto marca su superioridad sobre otros generales. Los éxitos son fruto de una larga preparación. Triunfa porque se preocupa hasta lo infinito de los medios que hay que emplear.

Su obra principal es la formación del estado mayor general. Él ha reunido los mejores cerebros militares que hay en Francia y coordinado y enderezado sus esfuerzos. Ha desterrado la política, que tan funesta ha sido en el ejército francés. Esto le acredita más aún porque sus propias opiniones políticas son opuestas a las de sus principales colaboradores. A pesar de ser republicano y francmasón, se ha rodeado de católicos que no están conformes con la actual Constitución; pero no da muestras de preferencias entre ellos. Su principal confianza la ha depositado en los generales Pau y Castelnau, ninguno de los cuales pertenece a su escuela política; y cuando llegó al poder—por la recomendación de Pau al Consejo supremo del ejército—no tardó en demostrar que la política no significaba nada para él; su nombramiento para el mando en jefe fué seguido de la despedida de los «militares parlamentarios», que nunca debieron haber salido de su obscuridad.

El resultado de esta firmeza y singularidad de propósitos es, que ha llegado a mandar la más grande máquina combatiente que hay en el mundo, desterrando de ella todo lo que no sea de eficiencia militar. Cuando fué necesario privar del mando a cinco generales que se habían mostrado débiles en las maniobras, no vaciló. Su elevación ha sido muy rápida. Bachiller en ciencias a los 16 años, entró en la Escuela Politécnica a los 17. Sobrevenió la guerra de 1870, en la cual se distinguió como segundo teniente, y fué después empleado en el servicio de fortificaciones. Sobresalió tanto en este cargo en París, que Mac-Mahon le ascendió a capitán a los 22 años. Adquirió renombre como constructor de fortificaciones en varios lugares del mundo, hasta el punto que llegó a temer no tener que ocuparse en otra cosa en el resto de su vida. «Necesito mandar tropas», dijo en una ocasión, y marchó a la Cochinchina y al Sudán, donde vengó el destrozo de la columna Bonnier y plantó la bandera tricolor en el misterioso Timbuctu.

Pocos de sus discípulos de Fontainebleau—donde fué profesor de Construcciones militares—creían que llegaría a Comandante en Jefe. No tenía pose, ni gestos, ni siquiera el aspecto de «beau cavalier», tan grato a las señoras francesas. Era un soldado llano, moderno y científico; un sabio sin las faltas y defectos del sabio. Su masa de teoría estaba aligerada por un gran sentido práctico. Sabe leer en el soldado y lo que puede esperarse de él. Sabe cómo animarle en las ocasiones convenientes, y su orden del día en la batalla de Marne es del modelo de los generales de la Revolución: «Debéis estar preparados a morir antes que a ceder terreno—dijo;—no toleraré la debilidad». Como se ve, es más concreto y menos enfático que Napoleón cuando puso como testigos a las Pirámides.

Joffre era desconocido en el mundo cuando, en 1911, fué puesto a la cabeza del ejército francés; muy pocos habían oído su nombre. Había trabajado

en silencio muchos años, y continúa laborando en silencio ahora en todo lo que es compatible con su elevado cargo. Le ayudó, hay que decirlo, el prejuicio republicano contra la notoriedad de los generales; la orden del día de Joffre dirigida al general Castelnau, elogiándole, con motivo de su elevación en la orden de la Legión de Honor, fué suprimida en los periódicos de Burdeos por el censor, en la apariencia porque fué considerada atentatoria a los intereses de la República por contribuir a dar popularidad a un general.

Esto es mejor que la práctica de 1870, época en la que los nombres de los generales figuraban al pie de dibujos en las casas y estrechamente unidos a imaginarias hazañas. Hoy es una guerra de silencio y anónima. Esto está de acuerdo con el carácter de Joffre, que florece mejor lejos de la publicidad. Es una guerra de fatiga y resistencia, en la cual triunfa quien resiste más. Es una guerra de soldados, en la que la calidad y el equipo ocupan el primer lugar; es una «guerra científica»—modelo alemán,—opuesta a la «guerra artística» de Napoleón, y Joffre es un maestro del nuevo método, que no ha sido él quien lo ha inventado.

(De *The Times*)

VERDADES COMO PUÑOS

Este calificativo merecen varios de los comentarios que ha sugerido a la prensa inglesa la conquista de Amberes por los alemanes. Uno de esos periódicos escribe que la caída de Amberes no tendrá consecuencias de ninguna clase en el desarrollo de la guerra, porque para ello sería menester que Holanda saliese de su neutralidad. Es verdad, sólo en parte, pero es el caso que los mismos ingleses están provocando a Holanda para que abiertamente abrace el partido de los alemanes. Otro periódico dice, muy formalmente, que Amberes sólo servirá a los alemanes para sostener su retirada cuando los ingleses y franceses los arrojen de Francia y de Bélgica. Pero la confesión más paladina, porque peca de inocente, es la que hace un gran (por su tamaño) diario lon-

dinense, al exclamar: «continuaremos la lucha sin tregua aunque los ejércitos anglo-franceses fueran arrojados a los Pirineos». Y podía añadir: aunque fuéramos arrojados al estrecho de Gibraltar o al cabo de Buena Esperanza. ¡Qué más quisieran los ingleses, que la guerra se desarrollara siempre en esta dirección N. S.! Mientras la guerra tenga lugar en Francia o en la China, con contingentes extranjeros o de las colonias británicas Inglaterra continuará luchando, y cualquiera haría lo mismo en su caso, sobre todo teniendo el mar libre; no hay motivo para envanecerse.

Pero el problema es otro, y el teorema que los alemanes tratan de demostrar no tiene su tesis en el sentido N. S., sino en el E. O., lo cual es algo diferente. Si los alemanes llevan la guerra a la Gran Bretaña, Escocia e Irlanda, o sea a las islas que constituyen la metrópoli, bien en forma de submarinos, o de acorazados o de zeppelines, o de tropas, entonces es cuando Inglaterra tendrá ocasión de decir si quiere seguir peleando hasta que el invasor llegue al país de Gales o a la punta meridional de Irlanda, con menos alharacas que los ingleses, en cambio, han merecido ya la admiración del mundo los alemanes y los franceses y los rusos y los austriacos y hasta los mismos montenegrinos. Todos estos pueblos se baten, y al campo de batalla acuden todas las clases sociales, cosa que no hacen los ingleses, precisamente.

Mantener la guerra de lejos y sin peligro ninguno en casa es muy fácil, sobre todo si se tiene dinero para pagar a alguien que se bata por nosotros. Un poco más espinoso es arrostrar con vidas y haciendas los horrores de la guerra. No dudamos que los ingleses son capaces de esto y de mucho más, pero la prudencia nos aconseja esperar para creerlo. Si los alemanes siguen fracasando en lo sucesivo como hasta aquí, no pasarán muchos meses sin que toque a Inglaterra demostrar ante el mundo su grandeza de alma y la resolución que dice que abriga de luchar hasta vencer o morir. Entre tanto, no estaría de más que los periódicos ingleses no se mostrasen tan fieros y arrogantes.

SUBRIO ESCÁPULA.

CRÓNICA MILITAR

I. Los mandos militares.—II. La acción militar de Turquía.—III. La batalla del Aisne.—IV. La situación el 12 de Noviembre

I. — Los mandos militares

Si en una buena organización militar se considera indispensable la existencia de unidades de diversa fuerza y composición, claro es que se impone asimismo la creación de jerarquías para el mando de dichas unidades. No a otra cosa responden los diversos empleos de la milicia, como las categorías que hay en toda sociedad mercantil y en los organismos del Estado y de la Iglesia.

El generalato ha de asumir el mando de las unidades a partir de la brigada, salvo funciones especiales que no constituyen verdadera excepción. Esas

unidades son: brigada, división, cuerpo de ejército, ejército, grupos de ejércitos, y la totalidad de las fuerzas en operaciones. Se necesitan, por lo tanto, seis categorías de generales, que pueden reducirse a cinco considerando que el mando de grupo de ejércitos puede simultanearse con el de generalísimo en los países regidos por República, siendo los reyes o emperadores los que lo ejercen en las monarquías e imperios.

Alemania cuenta con generales de brigada, de división, de cuerpo de ejército (generales de infantería, caballería artillería, equivalentes a nuestros tenientes generales), de ejército (coroneles generales) y de

grupos de ejército (mariscales). Inglaterra dispone de generales de brigada, de división, de cuerpo de ejército y de ejército, lo mismo que nosotros. Austria está en el mismo caso que Inglaterra; en Rusia y Turquía hay tres categorías. Serbia es una excepción, pues los coroneles mandan divisiones (unidad de mayor efectivo de aquel ejército), si bien a consecuencia de las guerras de 1912-13 fueron nombrados varios generales que ahora ejercen el mando. Montenegro, por la pequeñez de su ejército, sólo tiene una categoría de generales. Bélgica dispone de dos, los de brigada y división, y realmente no le hacían falta más dada su especial organización militar. En todos esos ejércitos las necesidades están atendidas, aunque no ha de creerse que invariablemente los tenientes generales alemanes, por ejemplo, mandan cuerpo de ejército; algunos de aquéllos están al frente de ejércitos, mientras que varios generales de división tienen a sus órdenes un cuerpo de ejército. Lo mismo acontece en Austria y Rusia. En resumen, en las cuatro grandes potencias citadas, el cargo de teniente general da capacidad lo mismo para mandar un cuerpo de ejército que un ejército o un grupo de ejércitos.

Francia se encuentra en un caso muy diferente. A pesar de la gran fuerza numérica de su ejército, que se cuenta por millones de hombres, no hay más que dos categorías de generales: los de brigada y división, de suerte que un general de división manda una división, y manda un cuerpo de ejército y un grupo de ejércitos y es generalísimo. La misma categoría tiene el general Joffre que el jefe de una simple división, por lo que hay cuatro categorías en el mando, desempeñadas por generales de la misma jerarquía. Puede darse el caso de que el que hoy manda una división sea llamado mañana al mando de un ejército, de la misma manera que el jefe de un ejército pase a la cabeza de un cuerpo o de una división. En tiempo de paz, la costumbre, que había adquirido casi la fuerza de una ley, hacía que la categoría de generales de división se dividiese prácticamente en dos: los más modernos o de inferiores condiciones estaban al frente de las divisiones, y los más acreditados mandaban los cuerpos de ejército y tenían los cargos más elevados, pero recientemente, con motivo de las maniobras anuales, se rompió la costumbre, y un comandante de cuerpo de ejército pasó a una división; verdad es que solicitó el pase al cuadro de reserva, pero el precepto legal quedó afirmado y nada se opone a ese cambio de mandos.

Resulta de este estado de cosas, que un general que hoy está subordinado a otro de su misma clase, mañana le mandará sin que ninguno de los dos haya sufrido variación en su carrera, y como consecuencia se produce un estado de cosas poco favorable. Además de las dos clases de generales expresadas, tenía antes el ejército francés la categoría de mariscal de Francia, que fué suprimida a raíz del excesivo prestigio que adquirieron algunos generales y del favor que gozaron en la opinión pública. Entonces se decretó que no podría llegarse a la alta jerarquía de mariscal de Francia sino por extraordinarios méritos en una campaña nacional.

El mando de las grandes unidades no es, por consiguiente, en Francia, como en otras naciones, una

consecuencia del empleo que se disfruta, sino que depende solamente de la voluntad del Gobierno.

En el concepto puramente militar, esta situación es muy desfavorable para la unidad de acción y el buen empleo de las masas. En la milicia, donde las órdenes ni se deben discutir ni analizar, es indispensable que el prestigio de los jefes más elevados no se obtenga por delegación de otros sino por méritos consagrados y reconocidos públicamente, que tienen su representación material en las insignias de cada jerarquía. En Alemania, en Rusia, en Inglaterra, un general de división no podrá mandar jamás a un teniente general, y por consiguiente éste ejercerá el mando en condiciones de independencia y de libertad que no es posible ocurran cuando, teniendo todos los generales la misma categoría, la importancia de sus mandos se deba exclusivamente a la voluntad del poder constituido, poder que, por cambiar de representantes, eleva hoy a uno para postergarlo al día siguiente a otro.

La experiencia alecciona, y hay indicios de que Francia va a poner término a estas anomalías, elevando a la suprema dignidad al general o a los generales que más se distingan en la guerra. Con ello se evitará, además, el hecho insólito de que un capitán general, un mariscal de Inglaterra, el general French, que tiene a sus órdenes generales de división y tenientes generales, esté supeditado a un simple general de división francés, el general Joffre.

II. — La acción militar de Turquía

La guerra contra las naciones balcánicas puso de manifiesto la debilidad militar de Turquía y el desorden que reinaba en materia de organización y de preparativos para una guerra. La experiencia enseñó a los turcos, y posteriormente se han adoptado medidas radicales para mejorar el ejército. Sin embargo, dado el poco tiempo que desde entonces ha transcurrido y la penuria del Tesoro, es de suponer que la fuerza militar de los turcos no es grande, aunque sí la suficiente para molestar a sus enemigos de las fronteras asiáticas. No se encuentra ahora Turquía en estado de hacer frente a una acometida de Rusia, ni tampoco en disposición de defenderse contra los ataques y desembarcos de Francia e Inglaterra, pero como esas tres Potencias están empeñadas en sangrienta guerra en los campos de Europa, ni Rusia, ni sus aliadas del occidente tienen la posibilidad de distraer masas importantes de tropas para lanzarlas contra los turcos, quienes tienen abierto de hecho el camino contra Egipto y el Indostán, y muy debilitado el frente enemigo del Cáucaso en la frontera ruso-asiática.

El ejército turco, una vez movilizado, suma unos 750.000 hombres, de los cuales hay 500.000 con instrucción militar completa, y el resto sin ella o con nociones muy deficientes, por lo que las fuerzas militares propiamente tales deben reducirse a la segunda cifra. De esta masa se encuentran 100.000 en el Cáucaso y territorios limítrofes; se cree seguro el apoyo de Persia, o por lo menos de las partidas irregulares que hace ya tiempo están en abierta guerra contra Rusia, pero ahora es probable se refuercen y adquieran más bríos. En la Siria y Palestina, y, por consiguiente, hacia las fronteras de Egipto se en-

cuentran cerca de 100.000 hombres más, y el resto de las tropas permanecen en Europa o en la Anatolia oriental. Cuenta el ejército con 1.500 cañones y obuses de campaña y 400 ametralladoras; su caballería asciende a poco más de 200 escuadrones de 70 plazas cada uno.

Como se ve, la potencia militar de Turquía no es de primer orden por sí misma, pero puede prestar inmensos servicios a Alemania por la situación privilegiada del imperio otomano, en Asia, y por su proximidad a los puntos más débiles del adversario.

Nada puede predecirse acerca de la masa principal del ejército turco concentrada en Europa y al otro lado del Bósforo. Se cree que Turquía se ha lanzado a la guerra contando con el apoyo moral o acaso con la cooperación de Bulgaria, que espera a que Servia esté aún más agotada para intervenir en el conflicto. Si Turquía se ve libre de temores en Europa por la frontera del N., le bastan 200.000 hombres para contener a Grecia, que no es de creer se aventure a una campaña en tierra, sino que manifestará su actividad en el mar y sobre los archipiélagos turcos, y podrá disponer todavía de otros 200.000 hombres para llevarlos a la Besarabia o a otra provincia rusa del mar Negro. Sin embargo, esta acción me parece muy lejana y harto improbable por ahora, porque para que tuviera alguna probabilidad de éxito sería menester que Rusia se viese en la imperiosa necesidad de concentrar casi todas sus tropas contra Alemania y Austria, eventualidad que no se presentará en el presente invierno, y que lo más pronto que puede tener lugar es en la primavera próxima.

Por ahora sólo hay que contar con la acción de Turquía en el Cáucaso; pero los rigores de la estación invernal en aquella comarca no se prestan a operaciones en grande escala, de suerte que los rusos no tienen que temer en dos o tres meses la amenaza de un peligro serio por aquella parte; a lo único que tendrán que atender, toda vez que en el Cáucaso hay un ejército de unos 60.000 hombres, es a reforzar las guarniciones del litoral del mar Negro, porque un ataque de la escuadra turca, si derrota antes a la rusa, podría tener incalculables consecuencias en los órdenes político y económico. De manera, que el apoyo de Turquía representa por el momento la distracción de unos 50 a 100.000 hombres del teatro de la guerra en Europa. Considerando, empero, que aunque Rusia ha reunido casi todas sus fuerzas militares contra los austro-alemanes, todavía dispone de medio millón de hombres bien instruidos, se deduce que en varios meses puede mirar Rusia con tranquilidad los acontecimientos en lo que se refiere a Turquía.

La importancia de la intervención de ésta aumenta extraordinariamente, teniendo en cuenta el punto de vista inglés. Las fronteras de Egipto son fáciles de atacar y están poco defendidas, y de ellas al canal de Suez y al mar Rojo media poca distancia. En la frontera opuesta, la actitud de Turquía habrá envalentonado a los persas y a los afghanes, y la agitación se aproximará a la India, cuyas guarniciones están muy debilitadas por el gran envío de tropas indígenas a Francia. Ciertamente es que en caso de ataque a la India el Japón podrá verse obligado a enviar fuerzas militares en auxilio de la Gran Bretaña, pero es muy posible que ésta rehuse la cooperación de los

nippones, a menos que olvide que la presencia de los japoneses en la India significaría el término definitivo y para breve plazo de la dominación inglesa en gran parte de Asia.

Sin ser grandes las fuerzas militares de Turquía, no son tampoco despreciables; pero más que las bayonetas y cañones pueden pesar en la contienda los factores de orden religioso. Ahí es donde está el verdadero peligro de Francia e Inglaterra, que cuentan con tantos millones de súbditos musulmanes. Si el Sultán declara la guerra santa, es imposible prever lo que sucederá: lo mismo puede ocurrir que los mahometanos permanezcan tranquilos e indiferentes, salvo una minoría turbulenta, que la antorcha de la rebelión prenda fuego a la hoguera desde las costas marroquíes del Atlántico a las del extremo del Océano Indico. Una medida tan grave no se tomará sin garantías de que tenga éxito; y si Turquía ha vacilado y se ha preparado mucho antes de tomar parte en la guerra, no hay duda que pensará detenidamente si le conviene apelar a la guerra santa, que lo mismo podría significar una lucha en que tomen parte pueblos inmensos, que el comienzo de la ruina definitiva del Imperio otomano, fundado ahora más que en su poder militar en el prestigio religioso del Sultán.

En resolución, tampoco parece que se avecinan acontecimientos decisivos por esta parte. Descartando la guerra santa, la intervención de Turquía parece dirigida más contra Inglaterra que contra Rusia, y encaminada a agitar los pueblos de Asia y Africa. Militarmente, el interés principal se concentra en el mar Negro; contra Egipto y en el Cáucaso, sobre todo en la presente estación, las operaciones serán secundarias. Pero si otras potencias bálticas se deciden a tomar parte en la contienda, el conflicto que se produzca acaso llegue a obscurecer, en el concepto mundial, la campaña europea.

III —La batalla del Aisne

El parte del general French relativo a los combates en la línea del Aisne esclarece por completo lo que en otras crónicas he expuesto acerca de la batalla de aquel nombre. No tengo que enmendar ni modificar nada de lo dicho; bastará resumirlo brevemente.

Replegados por su propia voluntad los alemanes desde el Marne al Aisne, ocuparon en esta línea las posiciones previamente elegidas y atrincheradas, y en ellas se mantuvieron pese a los ataques de los aliados en las jornadas del 12 al 15 de septiembre, y en ellas continúan todavía. La iniciativa, que tanto pesa en la guerra, no salió un momento del campo alemán. Los aliados siguieron a los alemanes cuando éstos se retiraron, hicieron alto cuando el enemigo se detuvo, y de allí no pasaron. Cuando los refuerzos que sucesivamente llegaban al general Joffre no tenían ya sitio en donde empeñarse, y el generalísimo se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos y de sus ataques frontales, se decidió a emprender una maniobra envolvente contra el ala derecha enemiga, y entonces comenzó la etapa lenta y monótona del movimiento de los aliados hacia el N., movimiento durante el cual tropezaron a cada paso con el enemigo que previamente había ocupado los lu-

gares que le convenían. Poco a poco se extendió la línea de batalla hasta el mar del Norte, creándose la situación que hace un mes no ha variado.

Si en lugar de reducir el frente de avance, desde el Marne al Aisne, a medida que lo redujo el enemigo, los aliados hubieran mantenido el despliegue de fuerzas iniciado en los días 5 a 8, es posible, a menos que los alemanes tuvieran prevista esta eventualidad, que la maniobra envolvente tuviera éxito y que la derecha alemana siguiera la retirada, arrastrando en su retroceso al resto del ejército. Pero así como von Kluck se replegó al N. E., en la misma dirección marcharon los aliados, resultando, sea por habilidad de los unos, sea por torpeza de los otros, o, más probablemente, porque el ejército de París no tomara parte en la última fase del avance de los aliados, que así como en las jornadas del 5 al 7 estuvo envuelta la derecha alemana, cuando concluyó la retirada, o sea a los cinco días, había cesado el peligro y los dos ejércitos tenían el mismo frente.

Esta maniobra estratégica, que no ha sido ensalzada debidamente, es la más notable de cuantas han tenido lugar en la presente guerra, y honra el alto mando alemán. Salir de una situación tan crítica como la de los días 5 a 7 de septiembre, frente a un enemigo de casi fuerzas dobles, sin sufrir una derrota, sin cesar de combatir, perdiendo sólo algunos millares de prisioneros y algunas piezas, y librarse de ser envueltos, es una operación de mérito extraordinario, que brillará con más fulgor que la victoria de Charleroi, que el triunfo de Lorena y acaso también que el grande éxito de Tannenberg.

Los aliados dejaron escapar aquella ocasión única de derrotar a su enemigo, o no pudieron aprovecharla por motivos que se desconocen, y es difícil que se les vuelvan a presentar circunstancias tan favorables por mucho que se prolongue la campaña.

En cuanto a la batalla del Aisne en sí, terminó el 15 de septiembre con el fracaso de los ataques de los aliados. Posteriormente, hasta primeros de octubre, los dos beligerantes se limitaron a cañonearse mutuamente y a inquietarse y molestarse con ataques nocturnos y pequeñas reacciones ofensivas, persuadidos el uno y el otro de que carecían de las fuerzas suficientes para derrotar a su adversario.

La prolongación de la guerra sin exponerse a pérdidas ni derrotas, a la larga resulta la mejor norma de conducta para los franceses y los ingleses, de modo que nada habría que observar sobre su actitud en el mes de septiembre y primeros de octubre, a no haber ocurrido el sitio y la capitulación de Amberes, sin que los aliados ejecutaran el menor esfuerzo para libertar una plaza de tan extraordinaria importancia. Más que probable, es seguro que algún motivo poderoso habrá habido para que el general Joffre guardase una pasividad tan grande durante cinco semanas, pero se desconoce; mientras que ya nadie ignora que si los alemanes hubieron de interrumpir su ofensiva y replegarse al Aisne fué por la necesidad de hacer frente al peligro ruso que se presentaba tan inesperadamente como de un modo amenazador. Por otra parte, ni la batalla del Aisne, ni la posterior del Iser y Lys, han sido de desgaste para los alema-

nes, toda vez que es público que los mejores cuerpos de éstos, los de primera línea, apenas han tomado parte en aquellos combates, sostenidos casi exclusivamente por formaciones de reserva; la continuación de la campaña en tales condiciones perjudica, pues, muy poco a las fuerzas militares de Alemania.

IV. — La situación el 12 de noviembre

En el teatro oriental, los alemanes se han detenido en la línea de Warta. Una tentativa de los rusos para envolver el ala izquierda enemiga, hacia Kolo, ha sido rechazada. En estos momentos, la situación lo mismo puede ser preludio de una contraofensiva alemana, que de un nuevo ataque ruso o una detención definitiva de los germanos. No creo en esta última hipótesis, antes al contrario, me inclino a sospechar que la campaña va a entrar en una fase más sangrienta que hasta aquí. Los austriacos han repasado el San, volviendo los rusos a tomar posiciones en la orilla izquierda. Sólo al S. E. de Przemyśl han obtenido aquéllos una pequeña ventaja, que les permite cubrir mejor los desfiladeros de los Cárpatos y aproximarse algo a Lemberg. Los mismos austriacos, cosa sorprendente, han reanudado la ofensiva contra serbios y montenegrinos.

La importancia de la campaña en el teatro oriental, me mueve a tratarla con la debida extensión en la *Crónica* próxima, puntualizando el alcance exacto de la retirada de los austro-alemanes y el grado de capacidad combatiente de Austria-Hungría.

En el teatro occidental, prosiguen los encuentros en todo el frente de batalla, desde los Vosgos a Nieuport, sin franca ventaja para ninguno de los dos beligerantes. En los últimos días, los combates en el Lys y el Yser han tomado un cariz más favorable a los alemanes. Los belgas han tenido que romper las presas y esclusas de los canales del Yser para contener al enemigo, interponiendo entre ellos y éste una vasta inundación; no obstante, los alemanes han acentuado su avance entre Lille e Ypres, aunque lentamente y sin un éxito pronunciado. El hecho de reñirse nuevamente combates en la frontera francesa del N. E., induce a creer que el invasor se apresta al ataque de Verdun, Toul o Nancy. Los famosos morteros de 42 centímetros no han dado señales de su presencia hace más de un mes, sin que pueda explicarse la causa de su alojamiento del frente de batalla. Por cierto, que según *Die Welt im Kriege* del 31 de octubre, el Estado Mayor alemán ha declarado apócrifos y sin fundamento los dibujos, fotografías y descripciones que han circulado sobre dicho mortero.

La plaza de Tsin-tao, baluarte de la colonia alemana de Kiaolhan, ha caído en poder de los japoneses, después de un sitio de dos meses. La guarnición ascendía a unos seis mil hombres. Se ignoran las bajas que ha sufrido el sitiador, así como su efectivo, que debía ser de escasa importancia.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros.

12 de noviembre de 1914.